

La reja de ballesta de la joyería Subirana seguía cerrada y aparentemente intacta, varias semanas después de que el alzamiento militar convirtiera España en un país en guerra, y estallara la revuelta popular en defensa de Barcelona. La ciudad, dominada por columnas de anarquistas y comunistas que, con gran revuelo, habían logrado sofocar el levantamiento militar, parecía haberse acostumbrado al humo, a los disparos aislados durante la noche y al olor metálico de los fusiles que crujían continuamente en sus bochornosas calles. Lo que nadie esperaba era que apareciera el cuerpo del joyero Joan Roger Subirana, violentamente acuchillado en su propia tienda de la calle Argentería, sentado en el suelo y contra la pared, con las manos atadas a la espalda y la boca cubierta con un trapo empapado en sangre.

Fue un niño quien dio la alarma. Parece ser que el chaval intentó colarse por la ventana del almacén contiguo, posiblemente buscando robar algo que pudiera vender y llevarse algo a la boca, y viendo la puerta del patio abierta, se asomó para toparse con esa escena. Huyó despavorido, y con esfuerzo y entre sollozos, logró balbucear ante un grupo de milicianos la repugnante imagen con la que se había tropezado inesperadamente.

No llegaron ni la Guardia Civil ni la Guardia de Asalto. Los Mossos d'Esquadra bastante tenían con mantener bajo control a los humillados militares de los cuarteles catalanes. En realidad, poco quedaba de la policía tal como se la recordaba. La seguridad ciudadana había pasado a manos de las Patrullas de Control del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, improvisadas por la FAI, la CNT y otros grupos revolucionarios de siglas impronunciables. Un grupo de esos milicianos acotaron la entrada a la joyería con una cuerda, gruesa y roñosa, a la espera que acudiera alguien responsable. La Junta de Seguridad del Comité decidió encargarse el caso a uno de los suyos, un hombre que destacaba por su carácter solitario, inquisitivo y desconfiado y que en aquel momento pelaba la pava sin misión aparente.

Así, y contra su voluntad, el primero en hacer el reconocimiento del lugar del crimen fue Arcadi Roig, un linotipista que se había convertido en miliciano de la noche a la mañana. No le gustaba un ápice su nuevo papel, pero el deber era el deber. Sin discutir las órdenes, dejó de soñar en un vaso de cazalla, y ya entrada la tarde, se sumergió en su nuevo rol de investigador. El tipo, haciendo honor a su conocido carácter indagador, pronto se percató que había algo en aquel crimen que no parecía encajar.

— *No fue un robo* —murmuró, mirando las vitrinas cerradas, llenas de pulseras y relojes sin tocar.

— *¿Y entonces?* —le miró su compañero, el sujeto que le habían impuesto como ayudante, un joven cargado de ideales que todavía creía a pies juntillas en la limpieza total del viejo régimen. ¡Menudo idiota! Arcadi pensó que se escabulliría en cuanto pudiera de ese retrasado imberbe que parecía su sombra y seguidamente se agachó junto al cadáver para observarlo detenidamente. Le faltaban tres dientes y la sangre ya se había secado.

— *Esto fue algo personal* —murmuró—...o tal vez buscaban algo muy valioso...mucho.

Era tarde, y la luz empezaba a ser insuficiente para investigar con detenimiento. Por otra parte, Arcadi se encontraba cansado, tras un intenso día de holgazanería, así que dos

milicianos ya mayorcitos —dos lerdos con fusil— quedaron como vigilantes en la puerta del establecimiento, en calidad de guardias.

Al día siguiente, Arcadi regresó, esta vez solo. No le había resultado difícil deshacerse del mozo que pretendía ser su ayudante. Tenía claro que el Comité no iba a investigar demasiado: seguro que dirían que era un «ajuste de cuentas con la burguesía», caso cerrado y a otra cosa. Aquella noche no había podido dormir bien. Su camastro en una oscura y calurosa pensión del Raval no había cesado de crujir bajo su agitación, tal como la noche anterior había crujido ante el envite de una joven del barrio que, por un precio de amigo, le servía semanalmente su ración de sexo de pago sin compromisos ni ataduras. Su mente divagaba. ¡Ojalá nunca hubiera abandonado su pueblo, Capellades! Allí quedaba su novia de toda la vida, la Eugènia del Cal Sastre, que le aguardaba pacientemente, desde su marcha a la capital. O tal vez no... Los celos le hacían pensar en jóvenes y apuestos vecinos que habían quedado en el pueblo, con las manos y braguetas libres para cortejarla, y ella se había quedado allí esperándole, bajo promesas de que regresaría al pueblo con dinero suficiente para iniciar una vida en común, una idea que la irrupción del estado de guerra había reducido a nivel de utopía. ¡Maldito Franco y malditos fascistas! Su mente iba y volvía, pivotando entre el recuerdo de unas caricias furtivas con su amada, en el estrecho lugar del pueblo conocido por La Pared de las Mentiras, y la reciente y cruda imagen del joyero muerto. No dejó de pensar que el crimen era, como mínimo, extraño. Demasiado cruel. Daba la impresión que le hubieran interrogado violentamente antes de matarlo. Si se trataba de un robo ¿Por qué el asesino no se había llevado nada? Al menos, aparentemente.

El local seguía cerrado. Entró con la copia de la llave que le había quitado el día anterior al cadáver. Todo seguía tal como lo había dejado: vitrinas cerradas, herramientas de precisión esparcidas sobre la mesa de trabajo, y atmósfera viciada por un penetrante olor a aceite de relojero. Tan solo faltaba el cadáver. En su lugar había quedado una mancha marrón en el suelo sobre la que evolucionaba el vuelo de un puñado de moscas. Se lo habían llevado, evidentemente para darle sepultura, pero ya nadie limpiaría aquel manchurrón, y tampoco nadie volvería a abrir la joyería. Por lo que sabía, Subirana no había tenido descendencia. No existían herederos para aquella fortuna. «mejor, para la revolución» masculló entre dientes, mientras rebuscaba por el local, sin saber a ciencia cierta qué. Removiendo cajones, se topó con una libreta negra, con cinta de cierre, tapas de piel y cortes dorados. Estaba escondida en un doble fondo del escritorio, envuelta en terciopelo, como si se tratara de una joya más. Dentro, había nombres. Muchos. Escrito con una letra impecable y llena de filigranas, había iniciales, cantidades, fechas...

*«J.A. – 45.000 – marzo 36»*

*«M.F. – collar de esmeraldas – depósito»*

*«E.C. – ‘oro refugiados’ – 14 lingotes»*

Arcadi sintió excitación. La lista era larga, había varias páginas repletas de datos. No eran simples clientes. Esos nombres le eran familiares, lo hubieran sido para cualquier residente de la capital. Se trataba de conocidos empresarios, propietarios, todos ellos miembros de la recientemente caída burguesía catalana. Algunos de ellos ya habían huido

al extranjero. Otros estaban detenidos. Le constaba que, al menos un par de ellos, habían muerto.

—¿*Qué escondías, viejo usurero?* —musitó para sus adentros.

Al llegar a las últimas páginas, una hoja arrugada y en este caso, escrita con letra titubeante e irregular, que la diferenciaba del aspecto pulcro y culto de las otras anotaciones, una palabra lo hizo detenerse:

«*Anarquistas*» Y debajo, tres nuevas iniciales: - *C.C.* - *M.S.* - *T.C.*

Tal vez allí estuviera la explicación de aquel enigma. No intuía exactamente de quién podían ser esas iniciales, pero lo averiguaría. Ya tenía un crimen, una lista, y un posible móvil. Faltaba completar los nombres que empezaban con aquellas letras. Las dudas le continuaban atenazando. Si el joyero había aparecido con las manos atadas a la espalda, ¿cómo había podido escribir aquella anotación y guardar el cuaderno?

Arcadi volvió a pasar la noche sudando en su chirriante lecho de la pensión del Raval, abstraído en la lectura de la libreta de Subirana, iluminado solo por la tenue luz de una vela. Una vez más, igual que varias noches consecutivas, la polvorienta y desnuda bombilla que debía iluminar el cuartucho, no se encendía. Pese a la falta de electricidad, la ciudad seguía despierta: se escuchaban disparos en dirección a Montjuïc, y en la radio de un vecino, que podía escuchar a través del balcón abierto, voces apasionadas clamaban por la depuración de los traidores a la República, la revolución y la victoria del anarquismo como forma de gobierno; arengas y proclamas que se sumaban y se contradecían sin descanso en discursos cargados de idealismos, que tan pronto sonaban solidarios como unas frases más tarde, antagónicos. ¿Porqué al idiota de la radio no le faltaba nunca la electricidad?

Por la mañana no tardó en revelar a quienes identificaban aquellas iniciales que había descubierto. Se dedicó a investigar con discreción, como quien no quiere la cosa, preguntando en los ateneos anarquistas y a excompañeros de la imprenta. Una de esas conversaciones dio sus frutos, y le dio la posibilidad de identificar una de las iniciales: «*C.C.*». Constança Casals era una miliciana, que se había hecho famosa en sus círculos por haber liderado el saqueo total de una armería en el Paral·lel días atrás. Inteligente, radical, violenta... y desaparecida desde hacía 48 horas. Posiblemente, Arcadi acababa de averiguar la posible identidad de uno de los asaltantes del joyero.

Era un tipo con recursos, que básicamente partían de sus numerosas amistades en los círculos del Comité, y de muchos bravucones con los que compartía cazallas en alguna taberna, mientras conversaban sobre utopías revolucionarias, gritando consignas incendiarias, atizados por el calor del alcohol descendiendo por el gaznate. No le llevó más de un par de horas encontrar a la tal Constança en un piso recientemente abandonado en el Poble Sec. Lo primero que le llamó la atención fue que era una joven bellísima. Durante unos segundos, le fue imposible apartar la mirada de aquellos grandes ojos de un verde clarísimo, que al momento le hipnotizaron. Vestía el típico peto de las milicianas y una camisa de corte masculino. Llevaba el cabello lacio y enmarañado, y su cara pivotaba entre el moreno del sol y la suciedad. Estaba acompañada de un joven que llevaba un brazo vendado y escudriñaba a su inesperada visita con una mirada que reflejaba algo más que sed de pólvora. En claro antagonismo a los dulces ojos verdes de la miliciana,

los de aquel chaval rezumaban odio, furia y rencor. Junto a las sillas, un par de fusiles relucientes parecían aguardar que alguien se los llevara a vomitar fuego a las calles.

—¿Tú eres Arcadi? —preguntó Constança, mientras fumaba, en actitud desafiante —. *He oído hablar de ti. Dicen que crees más en los misterios que en la revolución.*

—*Y tú estabas en la joyería* —contraatacó él, lanzando una acusación sobre la que solo tenía indicios. Ella no se sorprendió; solo cerró los ojos y suspiró.

—*Fuimos, sí. El Comité de Abastos nos dio la orden. Sospechaban que Subirana escondía oro de algunos fascistas que han huído de la ciudad.*

—¿*Y qué encontrasteis?* —Constança se encogió de hombros. —*Nada. Solo un viejo arrogante que no quería colaborar. ¡Joder con el vejestorio engreído!*

—*Lo mataste tú* —de nuevo, Arcadi tanteaba. Ella lo miró fijamente y negó moviendo lentamente su cabeza. De nuevo la visión de aquel maravilloso océano verde se interrumpía por unos segundos.

—*Se defendió. Nos gritó que no sabíamos lo que hacíamos, que estábamos destruyendo lo poco que quedaba. Se lanzó sobre Tonet. ¿lo ves? Le atacó con un estilete que tenía bajo un mostrador. Entonces, Mateu lo empujó... y se golpeó la cabeza.*

—*Y fue entonces cuando lo apuñalasteis hasta matarlo.* —replicó Arcadi.

—*No es verdad* —respondió ella, en un susurro—. *Tras el forcejeo, nos llevamos a Tonet pues lo había herido en el brazo, ya lo ves. Cuando nos fuimos, el viejo estaba vivo.*

La declaración de Constança complicaba todo. Parecía sincera. Arcadi se inclinaba a creer lo que la joven de ojos verdes le explicaba. De hecho, si aquel ángel le hubiera explicado que el mismísimo Franco había entrado tras ellos y había matado al joyero con una daga de plata, para seguidamente comerse su hígado en una tenebrosa ceremonia, también le habría creído ciegamente. La belleza salvaje de aquella chica le había nublado el conocimiento. Entonces... si lo que Constança explicaba era verdad y ellos lo habían dejado vivo, alguien más había estado allí y lo había torturado y asesinado. ¿Pero quién? ¿Y por qué? Lo más probable, es que el asesino buscara el mismo oro por el que ellos le habían atacado.

Arcadi solicitó acceso a los archivos del Comité de Confiscaciones. Allí se topó con algo desconcertante: Subirana nunca había declarado ni una sola joya al Comité Revolucionario. Ni oro, ni plata, ni relojes. Como si no tuviera nada. Pero eso no podía ser cierto. Todo el mundo sabía que Subirana era un hombre adinerado. A menos que... Su cerebro trabajaba como una máquina de vapor, una idea le daba vueltas en la cabeza: centrado en la tienda, había obviado comprobar el sótano. Regresó apresurado de nuevo a la joyería.

El sótano del establecimiento era un espacio oscuro, con estanterías vacías y un intenso olor producido por la amalgama de la humedad con la tierra que debía haber debajo del entablado, prácticamente tufo a podredumbre. Arcadi golpeó el suelo con la culata del fusil, buscando huecos bajo el entarimado. Estuvo acertado: al fondo, donde el sótano se volvía más angosto y cerca de un rincón si cabe más oscuro que el resto, una tabla cedió unos centímetros. Con ayuda de una navaja, la levantó. Apareció un hueco cavado en la

tierra, pero no había cajas, joyas, ni lingotes. Solo un cuaderno arrugado y amarillento. Subió de nuevo arriba, pues necesitaba luz para poder leer aquel bloc. Estaba repleto de anotaciones dispersas, sin ningún orden. Parecía un diario, donde el finado anotaba ideas que le sobrevinían a la mente. Entre ellas, varias le llamaron la atención. Registros extrañísimos, misteriosos, del estilo de «Todo oro no es más que una poderosa idea.» «La amenaza de poseer algo es más poderosa que tenerlo verdaderamente.» «Lo importante no es lo que realmente tienes, sino lo que los demás creen que posees.» A medida que leía, Arcadi sentía el frío correr espalda abajo; gotas de sudor que descendían, en contraste con el intenso calor de aquel verano en la Ciudad Condal. Aquel cuaderno era una especie de dietario, o algo parecido. Y lo que decía... no hablaba de lingotes reales, todo eran quimeras en aquellas notas. ¿Podía ser que Subirana hubiera creado él mismo la leyenda de su oro?

Arcadi necesitaba confirmar sus sospechas. Volvió al piso del Poble Sec, con la intención de interrogar a Tonet, el joven que había encontrado antes en compañía de Constança. Había novedades: lo habían trasladado a un dispensario. Allí lo encontró con la herida del brazo infectada y los ojos brillantes de fiebre. Tal como la primera vez prácticamente no había reparado en su físico, en esta ocasión lo observó detalladamente. La verdad es que era apenas un crío asustado.

—*Dime la verdad. ¿Qué buscabais en la joyería?*

—*El oro... nos lo dijo Mateu. Que estaba ahí. Que era nuestra misión, debíamos recuperar lo que los burgueses escondían. Lo repetía todo el tiempo.*

—*¿Visteis algo?* —Tonet negó con la cabeza, pálido.

—*Solo relojes. Pulseras. Nada más. Todo quincalla. Nosotros teníamos que conseguir el oro.*

—*¿Y Subirana?* —El chico respiró y tragó saliva. —*Nos miró como si fuéramos idiotas. “¿Queréis oro?”, dijo. “Pues matadme y caváis en mi sombra.”*

Posiblemente fueron las últimas palabras de Tonet. Al día siguiente, cuando Arcadi regresó al dispensario, preocupado por el febril estado en que lo había dejado, Tonet había muerto. Infección, le dijeron. Otro cadáver para añadir a la historia del oro de Subirana.

Constança también desapareció. La habían llamado a declarar ante el comité revolucionario, pero no se presentó y nunca regresó. Arcadi, preocupado, empezó a hacer preguntas. Algunos decían que la habían visto subirse a un camión, otros aseguraban que se había ido a combatir a Aragón. La libreta negra que tenía en sus manos comenzó a parecerle menos una simple lista, un registro, y más una trampa mortal. Todos los nombres que aparecían en ella... desaparecían o morían, en definitiva, pasaban a guardar silencio.

Unas noches después, lleno de rabia y con un par de copas de más, sin ganas de subir los escalones de su deprimente alojamiento, Arcadi, agotado y obsesivo, regresó al lugar del crimen. Aunque el cuerpo ya no estaba y la mancha en el suelo se había oscurecido aún más, las sombras seguían allí, y cada vez se dibujaban más y más alargadas. Caminó entre el polvo acumulado y los mostradores y vitrinas destrozados, pues el local ya había sido saqueado, como era de esperar. Acabó deteniéndose frente al viejo retrato del joyero, que

seguía oteando sus dominios, sobrio e impertérrito, colgado en la pared forrada de terciopelo granate. Lo miró como si aún pudiera darle respuestas.

—¿A cuántos engañaste, Joan Roger? ¿A cuántos volviste locos por un tesoro que nunca existió?

En su mente, todo iba cobrando sentido. Subirana había creado la ilusión de riqueza como una especie de escudo. Había sobrevivido a la monarquía, a la República, a los primeros meses del caos revolucionario... haciendo que todos creyeran que poseía algo demasiado valioso para ser destruido. Pero ese mismo rumor también resultó ser su propia sentencia de muerte.

Alguien había entrado después de aquellos jóvenes milicianos, después de que el joyero anotara sus iniciales en la libreta. Alguien que creía ciegamente en la leyenda. Tal vez un miliciano cualquiera, un vecino desesperado, o un agente doble Franquista. El caso es que el oro que nunca existió provocó un crimen real.

A pesar de que había llegado firmemente a tal conclusión, durante unas semanas siguió simulando estar muy ocupado con el caso, aunque en realidad, se dedicó a holgazanear, la actividad que más le agradaba. Finalmente, cuando detectó que no podía alargar más su supuesta investigación sin crear suspicacias, ya cuatro semanas después del crimen, Arcadi entregó la libreta negra a los archivos del Comité, con una anotación: «*No hay oro. Solo nombres. El verdadero tesoro fue el miedo.*» El caso fue archivado oficialmente como una «acción revolucionaria espontánea». Nadie fue condenado.

Pero Arcadi no podía dejar de pensar en el rostro de Subirana, en el último cuaderno escondido bajo el suelo, en la idea de un crimen provocado por un espejismo. El joyero había muerto por lo que todos creían que tenía, no por lo que realmente poseía. Su propia muerte fue su obra final.

Tampoco podía dejar de pensar en aquellos ojos verdes. La última semana, por primera vez desde que llegara a Barcelona, había rechazado los servicios de su vecina, la prostituta. También se había convencido a sí mismo que no tenía sentido volver al pueblo... seguro que, a aquellas alturas, su Eugènia ya tendría un nuevo rondador.

Tal como entregó la libreta al Comité, devolvió a la casera la llave de su habitación, y con sus cuatro pertenencias y su fusil, se subió a un camión en dirección al frente de Aragón. Ya le daba igual la revolución, la guerra y la verdad del caso del joyero. Solo soñaba con unos ojos verdes.

Mientras, los ojos verdes miraban las aguas del Golfo de México. *¡Menudo estúpido engreído, el tal Arcadi!* —pensaba Constança— *¿qué se habrá creído ese mequetrefe de sobacos pestilentes?* Lo había engañado sin apenas esfuerzo. Un poco de humedad ante su visión distorsionó el horizonte, justo mientras recordaba a Tonet por un instante. Limpió sus mejillas con el dorso de la mano... Ahora, no cabía duda que el tono oscuro de la piel era efecto de los rayos del Sol. A pesar del moreno, su rostro brillaba de limpio. No tardó en reponerse, suspiró... al fin y al cabo, todo aquel oro le garantizaba un buen futuro, lejos de la guerra que acabaría con España.